

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al morir fisiológicamente Echegaray, nos damos cuenta de que, tiempo ha, murió para las letras, sin dejar rastro, como desaparece un cometa de flámigera cola.

El nombre de Echegaray, hace treinta y cinco o cuarenta años, llenaba los ámbitos de la escena, retumbaba en todas las discusiones, y aturdió en las columnas de la prensa, a fuerza de repetido. Una agitación incesante se alzaba de ese nombre. Con motivo de él, se ponían en tela de juicio los problemas de la estética, las eternas reglas del gusto, y hasta de la moral. De la moral particularmente. Porque, si todo español no es un crítico, todo español es un moralista de tomo y lomo.

Y lo primero que se pregunta, en España, a un autor, es cómo anda de moral. En opinión de la mayoría, en el período militante de Echegaray, andaba muy mal de eso el autor de *El gran galeoto*. Era un corruptor de las costumbres, un envenenador público, y sus obras, un escándalo, un atentado al pudor. Al lado de esta opinión severa, sostenida por la mayoría, como dejó dicho, había otra, que colocaba a Echegaray en las alturas a que sólo llega el genio en sus vuelos de águila, y le consideraba heredero y sucesor legítimo de Lope, Calderón, Tirso y otros dramaturgos españoles del mismo fuste (pero muy diferentes entre sí), y no sé si al nivel de Esquilo, Sófocles, Shakespeare y demás colosos.

En vano D. Manuel de la Revilla, con la lucidez que siempre le acompañaba, hizo una definición exacta de Echegaray, escribiendo lo siguiente: «Aquel la deidad misteriosa que encerrada en el templo de Sais ofrecía eterno e inescrutable problema a la curiosidad de los egipcios, no era, sin duda, más impenetrable y oscura que lo es esa inteligencia singularísima que vive entre nosotros bajo el nombre de D. José Echegaray. Conjunto extraño de facultades y aptitudes al parecer contradictorias, enigma viviente que a los unos semeja desbordado genio, a los otros helado calculador, a muchos reflexivo y laborioso talento, a no pocos ingenio luminoso y profundo, a todos personalidad excepcional y peregrina; especie de síntesis hegeliana en que se unen todas las contradicciones y se suman todas las antinomias; ecuación de inconexos términos, cuya incógnita, después de despejada, se llama *genio*, cuando lógicamente debiera apellidarse *monstruo*, el Sr. Echegaray es una de las figuras más originales y notables que registra nuestra historia literaria en el presente siglo.»

Se ve claramente que Revilla, con todas las reservas, distinguos, consideraciones y respetos que impone la contemporaneidad, no podía avenirse a que Echegaray fuese un *genio*. Los fundamentos del severo, pero atinado juicio, están expuestos en el tomo de críticas del maestro, que publicó el Ateneo de Madrid y están expuestos de una manera tan razonada, que el interesante artículo sobre Echegaray debió de ser uno de los piquetazos más demoledores, asestado a los cimientos mismos de aquel alcázar de materiales heterogéneos que se llamó el teatro de Echegaray.

Por impresionante y prestigioso que fuese aquel teatro, en que revivían y palpitaban tantos géneros de nuestro romanticismo dramático, una minoría ilustrada se dio a rumiarse el corto y substancioso juicio de Revilla, y las frases en que dice de Echegaray que «rara vez acierta con la expresión del sentimiento humano, casi siempre substituido en sus obras por la frenética convulsión de la locura»; que «no idealiza lo real sino falseándolo, no vacila en confundir a cada paso lo trágico con lo horrible, lo estético con lo monstruoso» y que «no ha logrado crear una sola figura ni una sola concepción dramática que tenga vida propia, ni verdad alguna, porque las primeras son casi siempre convencionales fantasmas, y las segundas, artificiosas combinaciones de datos falsos.»

Y en todo esto hay un acierto singular, como lo hay en atribuir a la fantasía, desligada del sentimiento, el principal papel entre las facultades de Echegaray, y en reconocer cómo se imprime en el teatro echegarayesco la marca de la abstracción matemática, que lleva al idealismo absoluto y hace de tales dramas teoremas representados. En una cosa sólo yerra el autor de tan penetrante estudio, y es cuando afirma que Echegaray ha de dejar profunda huella en nuestra historia literaria. Si por huella profunda se entiende suscitar un movimiento, iniciar tendencias, verlas reflejadas en una serie de discípulos, no deja huella Echegaray.

Permanece como algo aislado, siempre difícil de clasificar, una originalidad personal, proyectada violentamente fuera de su tiempo, de su época, y, por supuesto, de la realidad y de la vida. A su lado, el gran idealista Calderón es un portento de verdad. Los tipos del teatro romántico español (en el cual colocamos a Echegaray, no obstante) no llegan nunca al absurdo. Dejo al lector, hoy sereno ya, la decisión de si los de Echegaray llegaron o no llegaron.

Recuerdo, en el calor de las disputas suscitadas por *En el seno de la muerte*, *O locura o santidad*, *El gran galeoto*, y otros dramas de análoga resonancia, que personas más bien imparciales, indignadas, querían «romper por todo» y organizar ruidosa manifestación, en contra de semejante dramaturgia. La desaprobación a Echegaray, un momento reprimida por el estremo de algo de mayor relieve, de más brillante efectismo, que probaba original talento, surgía cuando flojeaban las obras y se les veían más los hilos de la trama; entonces venían las «caídas» al foso, que, para otro autor, hubiesen sido definitivas, irreparables. Echegaray, con aquella fría calma escrita en los rasgos de su fisonomía, no se arredraba poco ni mucho: allí estaba otro drama, en que tal vez, domada la fiera del público, los aplausos desmentían lo que acababan de afirmar los silbidos y los taconeos...

No puedo especificar ahora cuál de estos fracasos fué el que vinieron a comentar conmigo, radiantes de júbilo, Tamayo y Alarcón. El caso sucedió en la Biblioteca Nacional, la antigua, siendo su director Tamayo. Yo trabajaba allí, para mis *Conferencias* en el Ateneo sobre la novela rusa. Tamayo, amabilísimo, me había puesto una mesa junto a una ventana, y en la mesa, si no capones y perdices, papel, plumas, cartapacio. A veces tenía hasta la bondad de venir a preguntar si me encontraba a gusto. Y al día siguiente de la aludida «caída» de Echegaray, Tamayo y Alarcón, sabiendo que yo había asistido al estremo, me abrumaron a preguntas. ¿Qué pensaba yo del teatro de Echegaray, en conjunto? Era difícil la respuesta, para dada en presencia de Tamayo, cuyo teatro se veía punto menos que enterrado, en aquel período, por el de un rival tan fecundo, tan sorprendente, tan capaz de imponerse hasta a públicos hostiles. Opté por decir la sencilla verdad. La estética de Echegaray no era la que yo hubiese deseado ver reinar en la escena española: su sistema no era el que me parecía a propósito para hacer resurgir nuestra dramaturgia, en ninguna de sus grandes direcciones. Con todo eso, no me era posible negar una originalidad y una fuerza sobradamente atestiguadas por obras que ningún mediocre, ningún Comella, hubiese podido crear. Y recuerdo que salió a relucir, en mis labios, la estrofa de Manzoni, dedicada a un hombre también muy discutido, Napoleón. Yo no sabía si Echegaray era «*vera gloria*»; pero juraría que el Sumo Hacedor había impreso en él «un vasto surco».

Mi opinión no sé si contentó a los preguntantes. Lo cierto es que no se puede hacer lo que Echegaray hizo, y ser el primero que pasa, ni un bárbaro ni un necio. Y hoy, que se ha extinguido el ruido de su obra, y casi el de su nombre, resalta más su papel: papel arcaico: no existe nada menos moderno que el sentido de tal dramaturgia, que resucitó, desquiciándolo, el romanticismo de nuestros siglos de oro. Esto lo vió también Revilla, y lo dijo, desde el estremo, en 1874, de *La esposa del vengador*. Lo cual no fué óbice — ¡la crítica se lee tan poco! — para que, cuando se empezó a hablar, después de *La cuestión palpitante*, de naturalismo y realismo, los que no estaban conformes con el teatro de Echegaray le tildasen de realista furibundo. He referido, en el *Nuevo Teatro Crítico*, mi diálogo con un respetable sacerdote, el Padre Mortara, que se empeñaba en que Echegaray, en sus dramas, predicaba «el amor libre». Es de advertir que mi interlocutor se figuraba que el naturalismo era eso, el amor libre, y Dios sabe cuántas cosas peores. Y como yo le recordase que, al contrario, en el teatro de Echegaray (y es uno de sus puntos de contacto con el de Calderón),

el menor desliz, la mera sospecha de la mujer, se castiga con la muerte (véase, v. gr., *Mar sin orillas*), me respondió que él no había tenido tiempo de leer a Echegaray. Así se juzgaba; y todo ello contribuía a mantener el equivoco sobre el verdadero carácter de un teatro que llenó nuestra escena, casi por espacio de un cuarto de siglo.

Si en las tablas fué varia la suerte que corrió la Musa de Echegaray; si en la crítica más seria nunca halló una aprobación explícita, un respeto absoluto, — como a su hora pudo hallarlo Tamayo —, en cambio, en lo que llamare posición literaria, unida a la social, fué un caso único de fortuna y de triunfo no visto en España. No pudieran las letras tan sólo conseguir tal resultado, y sin duda hubo en él dos elementos muy ajenos a la literatura: la política y la ciencia. Pero tampoco aisladamente hubiesen bastado estos elementos para producir tan venturoso fin de carrera, un ocaso tan diferente de otros ocacos, tristes y llenos de abandono y soledad. Echegaray, prudente, ni aun en lo más ardoroso de la lucha quiso enojarse ni indisponerse con nadie: resbalaban sobre la leve capa de hielo en que sabía envolver su espíritu, y de la cual me hablaba Rafael Calvo con sorpresa misteriosa, lo mismo los elogios que las censuras y los servicios que las trastadas literarias. Al declinar, mejor dicho, al apagarse su numen, he aquí que vinieron a él las apoteosis, los honores, condecoraciones como el Toisón, su faz en los billetes de Banco, los cargos a la vez lucrativos y que dan respetabilidad. Me decía atónito uno de los viejos enemigos de Echegaray, cuando se le hizo manifestación solemne, inaudita: «Por no saber ya qué darle, le han dado la cruz del Mérito militar y del Mérito naval.»

Cuando la nueva generación, al asomar en el cielo el astro de Benavente, empezó a arrojar sobre Echegaray todo el peso de la animosidad de los que llegan contra los que ya llegaron, y a mezclar justicias con injusticias en su campaña contra el dramaturgo, fué justamente cuando éste entraba en la esfera de una gloria ya consagrada, más que por el aplauso, por el olvido y la lejanía. Cuando se agotaban las distinciones y las muestras de entusiasmo, cuando, en el extranjero, al leer nuestra prensa, se creyera que habíamos descubierto al sucesor de Calderón de la Barca y del Duque de Rivas, era cuando, en ningún escenario, se podía ni pensar en representar ninguna obra de Echegaray, ni aun de aquellas que en su día fueron maestras, y que habían alzado tempestades de ovaciones y delirantes homenajes dentro y fuera de los coliseos.

La misma María Guerrero, la que quería filialmente al autor de tantas creaciones, la insustituible intérprete de *Mancha que limpia*, la que convirtió el teatro de Echegaray, que había sido de galán con Rafael Calvo, en repertorio de dama, no se atrevía a refrescar ninguno de esos papeles, antaño victoriosos, y en los cuales puso la pasión y la vehemencia de su temperamento de trágica. Ni Fernando Díaz de Mendoza, el admirable *Loco Dios*, se decidía a reaparecer en ese tipo extraño y muy genial, de lo mejor que Echegaray produjo. ¿Por qué?, he solido preguntarle. La respuesta era sencilla: «El público no quiere!» Y el público que no quería, era acaso el mismo que desfilaba clamoroso, alzando las manos y descubriéndose, ante el viejo autor, que pudiera decir, como Voltaire en otro señalado día: «¡Me queréis matar de felicidad!»

Más resistente que Voltaire, con la extraña vitalidad que conservó hasta la senectud, Echegaray resistió tal prueba, y siguió por varios años yendo, muy envuelto en su gabán de pieles, al Ateneo, donde últimamente explicaba, dicen que de un modo sorprendente, matemáticas sublimes. Mi profunda incompetencia en la materia me obliga a creerlo mediante la fe. El papel científico de Echegaray no sé apreciarlo. Lo seguro es que, hasta el fin, cultivó ese aspecto de su inteligencia, al cual se ha atribuido tanta parte en su sistema dramático.

Y resumiendo, tengo que volver a concordar con Revilla: la inteligencia de Echegaray, si no fué única como a veces dijeron, es muy cierto que no se fundió en el hornillo en que se funde la del común de los mortales, sino en aquel en que se elabora lo excepcional, los hombres que, aun en sus yerros, son gloria y orgullo (y yo más bien diría asombro), de la humanidad. Para estudiarle de un modo detenido, hoy que poseemos completa la documentación, se necesita tiempo, y poder situarse en el momento en que aparece, y señalar su procedencia, y pesar su valer y su influjo momentáneo. Y esta es tarea más adecuada a una cátedra, una cátedra como la que empezaré a desempeñar dentro de pocos días.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.